

Cuando yo estaba creciendo, tenía relación tan íntima con una persona que la llamé mi abuela adoptada. La señora Woodson tenía setenta años o más y era la esposa de un aparcerero. Ella apenas podía leer y escribir y su piel bronceada y arrugada testificó a una vida de trabajo duro. Era una de las personas más amables que alguna vez he conocido, especialmente con los niños. En mi vecindario rural nosotros niños todos nos reunimos en su casa, una casa de dos habitaciones, solamente un armazón de madera, con cobertizo en un lado. Ella nos enseñó un poco de todo, de cómo contar una maravillosa historia fantasma (Todas de las suyas ella había experimentado) a cómo cocinar y cómo tratar a los demás. Quizás la cosa más importante que ella me enseñó fue su respuesta a mi preocupación acerca de una vecina. Como la gente lo hace a menudo, le dije, «Necesitamos orar por ella». Abajo en sus rodillas ella se fue en los tablones rugosos sin acabar, el suelo de su casa, y ella comenzó a orar. Después de un momento de pausa chocado, yo me uní a ella. Ella fue la primera persona que yo había conocido alguna vez que tomó esa solicitud tan seriamente. Pero la señora Woodson no iba a la iglesia. Ella no tenía ropa apropiada para llevar puesto a la iglesia, y ella no era realmente aceptada en el círculo de los asistentes a la iglesia.

Y entonces había una mujer que llamé «tía Elsie». Vivía al otro lado de la calle de mi amigo George, que vivía en un pueblo cercano. Mi papá me dejaría en la casa de George y muy pronto estaríamos al otro lado de la calle en la casa de tía Elsie. Ella nos colmó con atención, dándonos sorpresas y diciéndonos historias y escuchándonos. Aunque no eran ricos, ella y su marido eran lo que se refirió a como «están yendo muy bien». Ella no parecía vieja en absoluto, pero una noche mi papa me dijo que ella había muerto de un ataque al corazón. Ella estaba relacionada con muchas de las personas en la iglesia local y así fue enterrada en el cementerio de nuestra iglesia rural. No la había visto nunca en la iglesia. Ella era el tema de la conversación, por supuesto, y alguien dijo, «No creo que Elsie nunca fue bautizada». Sentí un navajazo en mi pecho. Yo la amaba. Entonces yo, un muchacho de nueve o diez años, le dije a Dios, «Señor, tu sabes que, si yo hubiera sabido que la tía Elsie no fue bautizada, habría orado por ella. Señor estoy orando justo ahora por ella, y sé que es después de su muerte, pero por favor escucha mi oración por la tía Elsie. Que la lleves a estar contigo en el cielo».

Eldad y Medad no estaban en la reunión cuando el espíritu de Dios vino sobre los setenta ancianos en la primera lectura del libro de los Números, pero aún así recibieron el espíritu y comenzaron a profetizar. «Prohíbeselo», lo dijo Josué a Moisés. «¿Por qué?» preguntó Moisés «Ojalá que todo el pueblo de Dios fuera profeta . . .». En el Evangelio de hoy, los discípulos lo tomaron a sí mismos para tratar a prohibir a alguien de expulsar a los demonios en el nombre de Jesús. Juan le dijo a Jesús lo que los discípulos estaban pensando: «. . . como no es de los nuestros, se lo prohibimos». Jesús respondió, «No se lo prohiban, porque no hay ninguno que haga milagros en mi nombre, que luego sea capaz de hablar mal de mí. Todo aquel que no está contra nosotros, está a nuestro favor».

Como todos de ustedes seguramente deben saber, amo nuestra fe católica. Mi fe es mi vida. Pero fui bendecido en aprendizaje cuando era un niño que no todos los hijos de Dios están en la reunión o «de los nuestros». He seguido a aprender acerca de tal gente. Mahatma Gandhi creció en India hindú, pero por sus enseñanzas and acciones no-violentas, él liberó o llevó a la

libertad innumerables personas. Martin Luther King, el gran líder de los derechos civiles en este país, aprendió de Gandhi y otros, y sobre todo de la Biblia. Las acciones innumerables de caridad de Ophra Winfrey y tan muchos otros que no están en nuestra reunión y que no es de los nuestros profetiza y expulsa los demonios al lado de nosotros católicos.

Estoy agradecidos que estoy en reunión con la Iglesia católica por muchas razones. Una de estas razones es que la Iglesia nos enseña que no debemos juzgar a los demás. Como ustedes oyeron en mis palabras más temprano, tengo gran amor y gratitud por personas que no eran personas de la Iglesia o de la Iglesia Católica. La Iglesia nos enseñó que nosotros no deben ser sentencioso hacia estas personas—y citaré del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

El Señor mismo afirma que el Bautismo es necesario para la salvación

[Y aunque] *Dios ha vinculado la salvación al sacramento del Bautismo,*

. . . *Él no queda sometido a sus sacramentos. . .*

«Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina. En consecuencia, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido sólo por Dios, se asocien a este misterio pascual». Todo hombre que, ignorando el Evangelio de Cristo y su Iglesia, busca la verdad y hace la voluntad de Dios según él la conoce, puede ser salvado. Se puede suponer que semejantes personas *habrían deseado explícitamente el Bautismo* si hubiesen conocido su necesidad.¹

Estoy agradecido por estas palabras y por las palabras de Moisés y Jesús hoy. Es importante que nosotros trabajemos juntos para el bien con todas las personas de buena voluntad. Una de mis oportunidades como un diácono ha sido servir como representante de Santa Cecilia a la Asociación de Líderes Religiosos de Ames. He hecho buenos amigos allí y he trabajado junto con algunos de ellos, especialmente con respecto a justicia social. Yo recuerdo bien que hace varios años la Asociación tenía dinero que no habíamos gastado. El voto unánime fue dar ese dinero al Ministerio Hispano de Santa Cecilia.

Ruego que como trabajamos junto con aquellos que no están en nuestra reunión, aquellos que no son de los nuestros, todos nosotros continuemos trabajando juntos por el bien común. Y que todos nosotros escuchemos a Jesús decir, «Muy bien, servidor bueno y honrado; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré mucho más. Ven a compartir la alegría de tu patrón» (San Mateo 25:23).

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1257